

Quiero declarar de antemano el sentido y el valor que le asigno a mis palabras: son las reflexiones que una profesora puede hacer después de haber cumplido una larga carrera docente.

Eso y no más que eso.

Creo, sin embargo, que esas reflexiones están validadas por el hecho de que las circunstancias históricas... –pero, archivemos la perífrasis o circunloquio– la dictadura me castigó y me premió con una exclusión que duró nueve años. Y cuando pude volver, lo hice desde la Inspección.

Volver a las aulas para evaluar las clases de los colegas no fue cosa nueva para mí. Ya lo había hecho en los años 1967 y 1968, cuando por inspiración del inolvidable Dr. Arturo Rodríguez Zorrilla se procedió mediante exigentes concursos de Méritos y Oposición a regularizar a los profesores precarios de todas las asignaturas para darles cabida en el Escalafón Docente.

También desde mis interrumpidos cursos de Metodología en el Instituto de Profesores Artigas, había tenido que aguzar mi sentido crítico, término que puede ser sustituido por sentido práctico, para poder mostrar los senderos metodológicos y didácticos que me parecían prudentes.

Pero toda aquella experiencia anterior se vio respaldada en 1985 por los nueve años de silencio y por un distanciamiento que me permitió analizar con calma mis yerros, mis aciertos y la confusa fatiga de mis años de actividad.

Y como todos los que estamos aquí somos de la misma tribu y sufrimos de las mismas acechanzas pienso que tal vez mis consideraciones puedan ser válidas, sobre todo para los más jóvenes.

En mayo de 1999 la A.P.L.U. organizó el Primer Encuentro Nacional de Didáctica de la Literatura titulado *Hacia las diversiones en la lectura*. Mercedes fue la encargada de realizar la conferencia de apertura.

Tomado de: *Actas del Primer Encuentro Nacional de Didáctica de la Literatura*. A.P.L.U., Montevideo, 2001.

Sobre el título de esta exposición

La muerte de Adolfo Bioy Casares desempolvó los archivos periodísticos: se exhumaron reportajes, se re-escribieron biografías y comentarios, se citaron algunos de sus punzantes e inteligentísimos dichos.

De todo lo que leí nada me sacudió tanto como algo que muchos de ustedes habrán leído también.

Y es esto: cuando un periodista ingenioso se lo preguntó, contestó Bioy Casares: “¿Qué quiero que diga mi epitafio?... Nada retórico, nada soberbio, nada grandilocuente. Si es forzoso que haya un epitafio, me conformaría con éste: Le gustaba la Literatura. Nada más.”

En otra ocasión opinó: “La Literatura es lo más importante de mi vida y –creo– lo mejor del mundo. Porque refleja la inteligencia y la sinceridad de las mejores personas que hubo en la tierra.”

Este paradigma de humildad y sabiduría (creo, dicho sea de paso, que estos dos sustantivos abstractos son inseparables) trae el recuerdo de palabras semejantes de Borges: “Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir. Yo me jacto de aquellos que me fue dado leer. No sé si soy buen escritor: creo ser un excelente lector, o, en todo caso, un sensible y agradecido lector.”

Anduve muchas semanas remoloneando ante las organizadoras de estas jornadas, que me pedían la titulación de mi propuesta.

No la tenía. No sabía “qué”, hasta que recordando el hipotético epitafio de Bioy Casares, comprendí desde mi obvia insignificancia, que yo hacía más esas palabras, pero que además valían no sólo para mí sino para todos ustedes.

Nos gusta la Literatura y, tal vez, excluyendo los amores familiares, es lo más importante de nuestras vidas y, profundizando un poco la tesis de los escritores, le estamos agradecidos, porque ella, la Literatura, tiene de nobleza, inteligencia y sinceridad lo que a veces nos falta.

No resisto a la tentación de citar unas bellas palabras de Victoria Ocampo: “Hay libros que sosiegan, que conmueven porque son como la certidumbre de que en este mundo donde aparentemente reina la injusticia hay seres que hacen justicia. Poco importa que aquellos seres se hayan muerto o que sus existencias se deslicen lejos de la nuestra. Nos sentimos unidos a ellos indisolublemente. Y en su cercanía, en el silencio y la soledad, nuestra alma se hace sonora y nuestro aislamiento cesa.”

Antes de proseguir quiero subrayar la manera de decir las formas adjetivales que usó Borges... “libros que les ha sido dado escribir”... “libros que me ha sido dado leer”. Jamás distraído, el escritor nos está diciendo

que tanto la condición de creador como la de lector son privilegios concedidos por la gracia de Alguien. No todo el mundo puede ser escritor. No todo el mundo puede ser lector.

Escuchamos recientemente a José Saramago palabras que pronunció casi con temor de causar desagrado. Y realmente son palabras que tienen el terrible poder de hacer tambalearse nuestra profesión. Dijo Saramago: “El lector no se hace; se nace lector.”

Demos por escuchado el principio invalidante de nuestro más obvio objetivo profesoral, enseñar a leer, y atengámonos a ese reconocimiento de la calidad graciosa que comparten el escritor y su lector según Bioy, según Borges, según Saramago.

Que cada uno de nosotros haga el esfuerzo de redescubrir adentro del profesor agobiado que somos esa criatura privilegiada, cuasi mágica que amó desde la niñez la lectura y luego, consecuentemente, la Literatura. Y no olvidemos que fue un toque de gracia y otro de suerte el que nos acercó a este mundo al que no todos pueden acceder.

Dejemos esa zona inquietante. Mi propósito ahora es ubicar el rol del profesor en un esquema que tendría por título: “La Literatura: quiénes la hacen, quiénes la aman, quiénes la usufructúan, quiénes la malbaratan”.

En primer lugar colocaríamos a los escritores, poetas, dramaturgos de excelencia reconocida. Ellos son los artífices del lenguaje con el que se expresa la belleza... y la inteligencia y la sinceridad, añadiría Bioy. La relación del escritor con la Literatura es, obviamente, la del Hacedor con la escritura. El suyo es un vínculo irresoluble, excluyente e irrenunciable. De por vida y de por muerte, si la posteridad los acoge. ¿Quién podría a este respecto pensar a *El Ingenioso Hidalgo* sin don Miguel de Cervantes, a *Troilo y Crésida* sin Shakespeare, a *La Metamorfosis* sin Franz Kafka?

En segundo lugar, y adherido a la Literatura, hay un mercado que se fue haciendo cada vez más fuerte a partir del siglo XIX. Una verdadera empresa que no existe sin el escritor y sin la cual el escritor existe pero no subsiste. Es una diabólica asociación tripartita –editor, librero, crítico– que son comensales en la mesa del creador y al mismo tiempo proveedores del mercado consumidor que el poeta necesita en más de un sentido.

En tercer lugar, estamos nosotros, los profesores de Literatura, insignificantes empresas unipersonales ocupadas de la preparación receptiva de los lectores, es decir, de aquellos que a breve plazo pasarán a ser consumidores de libros. A poco que nos pongamos a reflexionar sobre nosotros mismos, tenemos que reconocernos una naturaleza ambigua, anfibia tal vez. Tenemos algo afín al creador pues debemos estar adiestrados para recorrer los caminos que él eligió

para llegar a la factura de la obra. Somos –se dijo– co-creadores. Tenemos algo de la tríada empresarial editor-librero-crítico pues trabajamos dando a conocer los textos como los editores, poniéndolos al alcance de los estudiantes como los libreros, mientras indicamos las marcas referenciales, como lo hacen los críticos.

Se trata de tomar conciencia de que estamos atrapados en un nudo que es el amar algo, ganarse el salario a expensas de ese algo que se ama y sufrir que esa faena de asalariados perturbe, oscurezca o robe la alegría de estar amando.

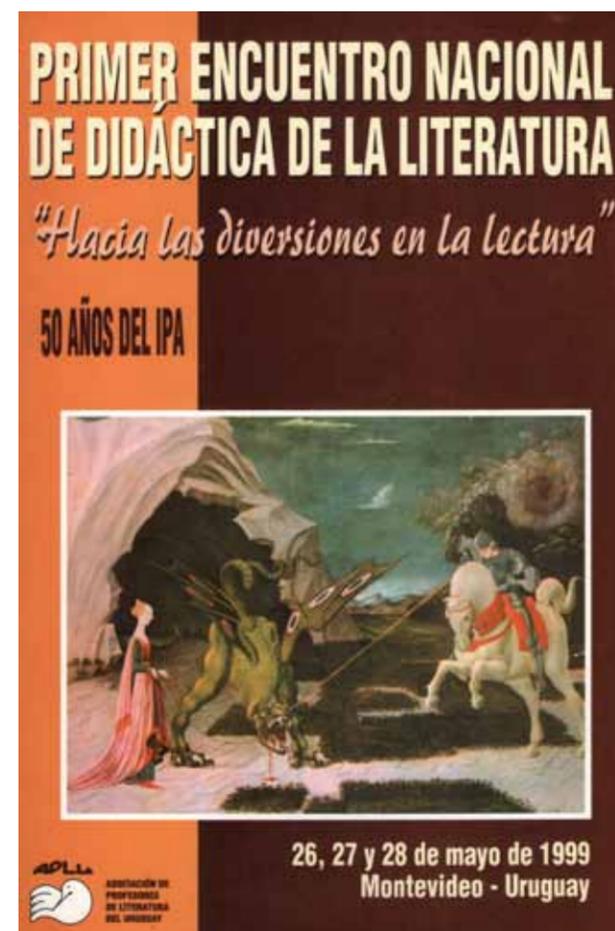
Sería saludable que este Encuentro hiciera que nos empezáramos a ver limpios de las adherencias y confusiones con que la rutina del trabajo diario nos enreda a menudo.

¡Son tantas y tan complejas las exigencias que recaen sobre un profesor del Tercer Mundo cuando se hace cargo del dictado de un curso...! Estudiar (re-estudiar) las obras que integran varios programas de la Literatura Universal; cumplir el programa; despertar y mantener el interés del grupo; prevenir o erradicar los problemas disciplinarios; corregir los escritos; tener las libretas al día; asistir a las reuniones; tomar los exámenes; sobrevivir a las malas condiciones acústicas o sanitarias de los salones de clase; resolver los traslados entre liceo y liceo haciendo compatibles los horarios. Trabajar sin estímulos: no viajes, no congresos, no becas, no rubros para investigación (son escasos los años sabáticos que se conceden).

Y *last but not least*, aprender a convivir con la indignación que poco a poco se va volviendo un sordo, sombrío encono, cuando a fin de mes, año tras año, se cobra un escuálido salario, tan insuficiente como agravante.

Dije al comienzo de esta retahíla que las exigencias eran muchas y complejas, pero hay una, la más importante porque pertenece al mundo de la ética y que es la de no permitir nunca que esa fatiga y esa indignación sean excusa para caer en la desidia y el ausentismo, desgraciada pareja que ha engendrado un hijo miserable: la frase “¡Total, para lo que me pagan!”.

No me he olvidado de ninguna de las piedras con las que tropecé ni de las que se me metieron en los zapatos cuando era profesora. No olvidé el esfuerzo que me llevó la lucha contra las adversidades externas, y contra las otras, más difíciles, las que generaban mi temperamento y mis limitaciones personales, pero aun así recuerdo esos años como un período de luminosa felicidad. No por aquello de que todo tiempo pasado fue mejor, y por el sollozo rubendariano... “Juventud, divino tesoro, te vas para no volver”. No, recuerdo aquella luz y aquella dicha porque amaba mi trabajo, atesoraba los profundos silencios que se daban a veces, cuando la clase “salía bien”; guardaba la alegría que iluminaba



los ojos de los estudiantes cuando comprendían o descubrían. “No hay placer más grande que la alegría de comprender”, dice Alain. Pero quiero dejar de lado todo esto para referirme tan sólo a algo muy sutil que era lo que ocurría entre los textos y yo, y por extensión, entre todo texto y todo lector.

El gustar de la Literatura y, un poco más, el amarla, presupone, según dijimos, un toque de gracia que engendra un vínculo. Vínculo: lazo, atadura, unión o sujeción, dice mi diccionario. Me gustan esas aproximaciones porque declaran el costado posesivo que tiene todo amor.

El texto aprisiona, atrapa, pero también libera. En el acto de la lectura surge una fuente de ilimitada fluidez, de cosa inesperada que crece, entabla relaciones, transforma y crea una situación en la que el lector re-crea el texto que lo está re-creando a él.

Estoy hablando, a mi manera, de las di-ersiones de la lectura que convoca este Encuentro. Por lo menos, de una de las di-ersiones.

Los grandes libros no quedaron escritos de una vez para siempre, aunque así lo creyera Cervantes cuando advirtió: “Tate, tate, folloncicos...”

Los libros no están muertos, y clausurados. Y

sin embargo, una tesis inspirada en esta idea ha acometido a un sector importante de la crítica. De hecho, las grandes obras de la Literatura Universal han sido confrontadas con dos criterios antagónicos. Uno rígido; otro abierto, permeable, intuitivo. Uno ha querido delimitarlas valiéndose del instrumental positivista y racionalista. El otro ha tomado una actitud humilde, como la que corresponde adoptar ante lo inabarcable, ante un misterio que nunca se terminará de dilucidar porque continuamente se abre en nuevas insinuaciones.

La creencia de que los libros se descubren sólo una vez en la vida ha generado gran parte de las desgracias que padece la enseñanza de la Literatura; la sustitución del análisis textual por la plétora informativa; la sustitución de la interpretación hermenéutica por la paráfrasis; la sustitución del fluir co-participativo entre el grupo y el profesor, por el dictado y toma de apuntes; la rutina repetitiva del profesor a propósito del mismo pasaje y su correspondiente y momificado comentario; el pesado aburrimiento que cae como una caja de plomo y de sueño sobre cientos de alumnos cada año.

El texto literario no es un cadáver en la morgue; no se lo puede disecar, seccionar en partes independientes. Al contrario, tiene la complicación frágil e inapresable de una enredadera. Tiene raíces, tallos, hojas, ramas, altura, profundidad. Tiene espacios vacíos desde los cuales se vislumbra el cielo.

El texto no es plano pero el profesor tampoco lo es. Malo si aspira a ser un registrador atento de figuras retóricas; no es, no debe aspirar a ser un repetidor sabihondo de las últimas aportaciones críticas.

El buen profesor está siempre dispuesto para enfrentar la eventualidad, la aventura que pueden deparar las páginas impresas. En el momento de la lectura convergen la emoción, los recuerdos, las cosas perdidas y las esperadas. Con especial sutileza Tatiana Oroño penetra en esa zona donde se genera el silencio que emana de las palabras dichas o escritas. Para ella cada palabra es palabra resurrecta, una reiterada metáfora de la existencia. Esta cita es parcial:

Las palabras se sostienen en lo que no está dicho todavía; en lo que está dicho a medias y en lo que no se puede decir. Respeto este mutismo al que está obligado el significado; esa templanza que debe alcanzar junto con una vida más larga siempre que la circunstancia en que nació. Es la capacidad de espera, pero sobre todo la de morir la circunstancia en que

adquirió él mismo forma y vida y negarse a morir con ella; la de animarse a romper los lazos de la fraternidad con su origen, solo para demostrar en el último terreno posible –que es el de la contemporaneidad con la muerte y el desgaste–, cuanto valía algo propio.

En otro plano quiero ilustrar esta actitud de flexión y reflexión ante los textos con un ejemplo ilustrísimo.

Dante, en el comentario de la Balada del capítulo XII de *Vita Nuova* siente que lo empiezan a combatir y tentar diversos pensamientos, entre los cuales cuatro de ellos le hacen perder la luz. Y los enumera: que el señorío del amor es bueno porque le concede a su fiel el entendimiento de todas las cosas; que no es bueno porque le trae al amante pesares graves y dolorosos; que el nombre del amor al oírse es tan dulce que parece imposible que pueda producir cosas que no lo sean; que la dama que aprisiona un amor no es como las otras damas que conmueven el corazón.

Después de enumerar los cuatro pensamientos, dice: “Y cada uno me combatía tanto que me hacía estar casi como aquél que no sabe por cuál camino tomar y que quiere caminar y no sabe a dónde irá.”

Hay en Dante una atenciosa delicadeza para discernir los sentidos implícitos, pero también para contemplar su ánimo. De alguna manera adelanta la postura crítica de Rifaterre para quien lo literario no existe en el texto ni en el autor sino en la dialéctica que se da entre el texto y el lector.

En *El Banquete*, Dante hace una exposición teórica sobre la crítica textual y discrimina los cuatro niveles de abordaje: el nivel literal (aquel que no avanza más allá de la letra de las palabras); el alegórico (el que se esconde bajo el manto de la fábula; consiste en una verdad oculta bajo el bello engaño); el moral (es el que los lectores deben descubrir para su provecho); el anagógico (revela el sentido superior de las realidades sublimes). Delante de todos estos sentidos debe ir siempre adelante el sentido literal porque sin él “sería imposible e irracional entender los demás”.

Esta disciplina de la razón que a la vez que jerarquiza reconoce la complejidad del texto, apoya desde el siglo XIV la noción de Greimas de “espesor” textual aunque otro sea el punto de vista.

Pero antes de abandonar a Dante quiero rescatar las palabras que le dirige el poeta a su canción en una prosopopeya que es una muestra del *dolce stil* y del amor cortés:

Canción, creo yo que serán pocos los que sepan entender bien tus palabras: tan trabajosa y fuertemente hablas. De aquí que si por ventura te presentaras a personas que parezca que no te han entendido bien, ruégote entonces que te consueles diciéndoles, dilecta canción mía: “Considerad, al menos mi gran hermosa”.¹

Última *ratio* de la poesía, la emoción de la belleza prevalece en definitiva sobre los esfuerzos de la heurística y de la hermenéutica.

Seres en el tiempo como somos, no podemos escapar a los estremecimientos milenaristas que impregnan este año pre-final de 1999.

¿En estos últimos cincuenta años ha cambiado algo en la concepción del texto y de la enseñanza de la Literatura? Me contesto que sí desde que las distintas corrientes han ido respondiendo a las variables de la cultura.

Nada puede escapar al aura del tiempo que se vive.

Quiero, aunque sea en forma superficial, rastrear las huellas de ese cambio, sus antecedentes y sus consecuencias.

Leí en un artículo periodístico estas palabras que nos ayudan a encontrar un punto de partida. Dice: “Para poder estar en paz, es necesario tener cierto sentimiento de la historia, de que somos a la vez parte de lo que ha existido anteriormente y parte de lo que ha de venir.”

Es imprescindible que sepamos en qué momento de la historia uno está parado y está claro que estamos parados en una encrucijada –fin de milenio, fin de un siglo terrible caracterizado por un avance tecnológico tan acelerado que al hacer imprevisible el futuro, nos va sumiendo en una crisis de responsabilidad frente a lo que vendrá–. Es decir, que la aceleración de los acontecimientos y su ferocidad están haciendo que nos sintamos irresponsables del futuro. Tan desbordados están los cauces de la violencia, la agresión bélica y la hipocresía diplomática de las potencias. El hombre de hoy se abroga derechos sobre el hombre del siglo XXI, amenazando su bienestar, su equilibrio, a veces su vida, dice Federico Mayor. La sociedad actual carece de proyectos para el futuro. La globalización y la tecnología anulan la noción de largo plazo, lo que genera una cultura de la inmediatez, de la cual salen expresiones peligrosamente irresponsables como “después de mí, el diluvio” o el “todo vale”.

Por contrapartida es posible reconocer el

nacimiento de movimientos que apuntan a un diseño del futuro basado en dos nociones éticas: la solidaridad y la co-responsabilidad.

Ya estamos compartiendo estos años con instituciones ONGs fundadas sobre esas premisas elementales: Greenpeace, Amnesty International, movimientos feministas, antirracistas, cooperativistas, de tolerancia con el diferente, ecologistas, de todo el mundo. Todo ello dentro de un clima de comunicación preferentemente personal más que institucional y en la matriz de una concepción de unidad y reciprocidad que abarca la recepción ecologista de la naturaleza y la comprensión del cuerpo, de la mente y del espíritu con nuevos criterios.

New Age se le ha llamado, pero dejemos que alguien especializado se ocupe de acotarle por aproximaciones. Dice David Spangler:

¿Qué es la *New Age*? Sencillamente es lo que aparece cuando vivo la vida de manera creativa, enriquecedora y compasiva. La Nueva Era aparece cuando honro a cada persona, animal, planta u objeto como si fuese único y también como si fuese una parte de mí, pensando que comparte toda la dignidad y la sacralidad que para mí mismo reclamo. Considero que la Nueva Era más que un acontecimiento futuro, es una metáfora para la expresión de un espíritu transformador y creativo. Así pues, la encuentro en la vida de cada día.

Pero vayamos a lo nuestro. ¿Cómo se han ido escalonando las etapas que culminan hoy con las definiciones que sobre el texto y la lectura nos da la Nueva Era?

Ya en el siglo pasado encontramos en dos escritores emblemáticos la concepción de una unidad profunda tanto entre cada fragmento de la sociedad como entre cada objeto de la realidad y una transrealidad espiritualista platónica. Por un lado la ceñida formulación de Victor Hugo en el prólogo de *Los Miserables*: “Nada es solitario. Todo es solidario.” Por otro, el conocido soneto “Correspondencias” que el propio Baudelaire explica así:

Todo, forma, movimiento, nombre, color, perfume, en lo espiritual como en lo material

es significativo, recíproco, converso, correspondiente. Las cosas están siendo expresadas siempre por una analogía recíproca desde el día en que Dios expresó el mundo como una unidad compleja e indivisible.²

En este, nuestro siglo, después de Einstein y de la física cuántica se terminó con la concepción dual que desde Descartes y Newton había sustentado un pensamiento racionalista que dio fundamentos a la ciencia, a la filosofía, al estudio de la naturaleza y ¿por qué no? a la lectura. Razón-sentimiento; objeto-sujeto; sociedad-naturaleza; materia-espíritu; texto-lector.

Recordemos que Ferdinand de Saussure sentó las bases de la Lingüística moderna con una concepción binaria: *langue-parole*; sincronismo-diacronismo; significado-significante.

En 1935, Peirce, cuyo pensamiento recojo en la cita de María Eugenia Dubois, elaboró para la Lingüística la Teoría de la tríada signo/cosa denotada/interpretante. Esta teoría introduce un cambio fundamental porque empieza a funcionar una relación dialéctica. El sustento del lenguaje empieza a ser la transacción de cada lector según los elementos de esa tríada simbólica.

Pero ese término, “transacción” es creado en 1949 por Bentley y Dewey. El conocedor, el conocimiento y lo conocido son partes de un mismo acto. Cada elemento condiciona y es condicionado en una gestación recíproca.

La tríada de Peirce nos recordará que es un ser humano quien internaliza el lenguaje al entrar en transacción con un medio ambiente particular, a diferencia de la anterior concepción según la cual el lenguaje era un código autónomo de reglas y convenciones arbitrarias al cual escritores y hablantes recurrían. El lenguaje era un instrumento, un código impreso en la mente de lectores, hablantes y oyentes.

La concepción transaccional ha ido ganando terreno al recibir nuevos aportes. Vigotsky afirmó que el sentido de una palabra es la suma de todos los acontecimientos psicológicos que tal palabra despierta en nuestra conciencia, como también que cada palabra adquiere un sentido a partir del contexto en el cual aparece. Sostiene ese autor que hay un sistema dinámico en el cual lo afectivo y lo intelectual se unen. Un acto de lenguaje no es absolutamente afectivo ni cognitivo. Tampoco el lenguaje es absolutamente público ni absolutamente privado.

Louise Rosemblat hace otros aportes, tales como que en un diálogo los gestos, las inflexiones y los silencios

conforman, son partes del proceso transaccional. Podríamos aceptar como resumen de Rosemblat esta propuesta:

En lugar de dos actitudes fijas que actúan una sobre la otra, el lector y el texto son dos aspectos de una situación dinámica. El “significado” no existe de “antemano” en el texto o en el lector sino que despierta o adquiere entidad durante la transacción entre el lector y el texto.³

El término *texto* en este análisis denota, por lo tanto, un conjunto de signos capaces de ser interpretados como símbolos verbales. Lejos de poseer ya un significado que pueda ser impuesto a todos los lectores, el texto es simplemente marcas sobre papel, un objeto en el ambiente hasta que alguien efectúa una transacción con éste. El término *lector* implica una transacción con un texto; el término *texto* implica una transacción con un lector. El *significado* es aquello que sucede durante la transacción.

Hemos hecho una rápida consideración sobre algunos aspectos de esa toma de conciencia occidental a propósito de la naturaleza y la cultura que se ha dado en llamar *New Age* en la medida que esa matriz holística ha incidido en una nueva perspectiva sobre la lingüística y la lectura. La ruptura de la concepción binaria texto-lector ha puesto el acento en la dinámica transaccional. ¿En qué medida esta mirada sobre la lectura nos hace replantear la metodología de la enseñanza de la Literatura?

Me contesto que la cambia radicalmente. Porque el concepto de transacción se aplica no solamente a la lectura sino también a la relación entre educador y educando.

Dice Louise Rosemblat que maestros y alumnos transactúan borrando la separación entre el docente-observador y el alumno-sujeto observado. Estoy convencida de que es impostergable un cambio en la mirada, un desplazamiento del punto de vista, un animarse a pensar al estudiante no como alguien a quien uno “tiene que enseñarle algo”, sino como otro lector con el que es posible y deseable y necesario entablar un intercambio.

No se me escapa que previamente el profesor deberá hacer un profundo e íntimo acto de fe en el hecho real de que todo alumno tiene la posibilidad de ser un lector abierto y flexible, capaz de recrear un texto al tiempo que se va re-creando a sí mismo.

Tal vez lo hemos estado invalidando y relegando

al hacerlo entrar en la vida como un número, un nombre al que hay que calificar mensualmente.

Por descontado que hay que abandonar los trillos de la rutina. Vale afrontar la aventura de compartir el propio goce de leer con el goce de leer del otro.

Permitámonos desde ya el placer de enseñar por los caminos aireados de la libertad. Que una actitud de franca apertura nos comuniquemos solidariamente con otro lector: nuestro alumno.

Tal vez ocurrirá que podamos pensar en nuestro –Dios lo quiera– lejano epitafio con este texto: Le gustaba enseñar Literatura. Nada más.

Notas

¹Dante Alighieri: *El Banquete*. Madrid, BAC, 1956, trad. Nicolás González Ruiz.

²Charles Baudelaire: *Art romantique. Réflexion sur quelques des mes contemporaines*. Victor Hugo. París, 1861.

³Louise Rosemblat: *Modelo transaccional*. Buenos Aires, Proyecto editorial, Lectura y Vida. s/f

Enrique Palombo, María Emilia Souto y Mercedes Ramírez

